

Amolon, atacaron á Hincmar y á los artículos de Quiessi.

En 855 se reunió en Valencia del Delfinado un concilio por órden del emperador Lotario, en 8 de enero, para juzgar al obispo de aquella ciudad sobre el que pesaban algunas acusaciones. Catorce obispos de las provincias de Lyon, Viena y Arlés formaron en union con sus metropolitanos veinte y tres cánones, de los cuales los seis primeros son dogmáticos. En el tercero de estos artículos decian los obispos: «Confesamos resueltamente la predestinacion de los elegidos para la vida eterna, y la predestinacion de los malos para la muerte; pero en la eleccion de los que se salvarán la misericordia de Dios precederá á su mérito; y en la condenacion de los que perecerán, su demérito precederá á los justos juicios de Dios.» Luego anatematizaron como inútiles, perjudiciales y contrarios á la verdad los cuatro artículos de Quiessi, y diez y nueve más de Juan Escoto, á quien habia decidido Hincmar á escribir sobre materias que no comprendia: con todo dice Hincmar más adelante, que no habia podido descubrir el autor de estos artículos, en lo que demuestra más artificio que buena fé.

Se ignora el fin de Gotescale, y si murió obstinado en sus errores.

SIGLOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO.

INTRODUCCION.

El siglo décimo, fecundo en grandes trastornos, no vió nacer ninguna nueva herejia, si bien aparecieron sectarios de algunas de los pasados tiempos.

Si fijamos la vista en el Occidente, veremos por todas partes guerras civiles, que forman una de las mayores y más terribles plagas que pueden caer sobre los pueblos. Sus consecüencias son más desastrosas y funestas que las que se sostienen con países extranjeros, si bien unas y otras traen en pos de sí la desolacion y la muerte. La decadencia del comercio, la ruina de la industria, la desmoralizacion en las costumbres, el endurecimiento de los corazones en los que se extingue el sentimiento del amor á los semejantes, y el empobrecimiento de los pueblos que sin cosechar son al mismo tiempo aniquilados por tributos; tales son los naturales efectos de las guerras, que aun hoy en el siglo del progreso y de la civilizacion se sostienen para

mengua de la humanidad, haciéndose más notable y más digno de las alabanzas de los pueblos el que inventa un arma más mortífera que el que logra hacer una nueva conquista en el campo de las ciencias. Y eso que el primero puede ser reputado como un enemigo de la familia humana y el segundo como un astro que ilumina las inteligencias. Así ha seguido siempre el mundo y así seguirá, no diferenciándose en esto los pueblos civilizados de los bárbaros. Las guerras se presentan como una necesidad de las naciones, cual si no fuesen sus efectos los que dejamos indicado.

Italia en el siglo décimo se veía como inundada, digámoslo así, por las guerras civiles. Dicho se está con esto que su prosperidad era negativa; que los poderes dominantes léjos de pensar en el bien de sus pueblos y en apoyar la religión salvadora, cuyas máximas son las únicas que observadas pueden llevar al mayor grado de felicidad posible á las familias y á los individuos, fijaban toda su atención en los asuntos concernientes á las guerras.

Habíanse formado muchos y diversos partidos, los cuales apelaban á los príncipes vecinos echándose en brazos de ellos; empero llenos de inconstancia, desechaban la protección que habían implorado y buscaban otra, á veces hasta en los mismos bárbaros. Por último Othon que fué llamado en su auxilio por Juan XII, concluyó con todos aquellos partidos, hizo grandes conquistas, y reuniendo la Italia y la Alemania fijó en ella su imperio,

En 961 había Othon pasado los Alpes á causa de una revolución iniciada por Berenger: el mismo año se hizo coronar rey de Italia en Milan, y el 2 de febrero del año si-

guiente 962, fué coronado emperador en Roma por el papa Juan XII en persona: empero no tardó en malquistarse con este soberano pontífice al que hizo deponer en un concilio, que le dió por sucesor á Leon VIII, el cual murió en 965. Para sucederle fué elegido Juan XIII, en lo que influyó mucho el emperador. Luego de este suceso, Othon pasó los montes para restablecer el orden en Italia. Los desórdenes, pues, continuaban á pesar de la energía y de las grandes conquistas y triunfos de Othon, el cual murió en Turinga el 7 de mayo de 973, siendo enterrado en la catedral de Magdeburgo que él había hecho construir.

En Francia nos encontramos con Cárlos el Simple, el cual había estado por mucho tiempo alejado del trono, bajo el pretexto de que su legitimidad era dudosa; empero el emperador Arnolfo y su hijo el duque de Lorena le sostuvieron contra el rey Eudes, que había usurpado el trono. La muerte de este príncipe le dejó sin competidores. El solo acontecimiento importante de su reinado fué la fundación del ducado de Normandia.

Los señores se mostraban malcontentos de Cárlos, y acabaron por elegir por rey á Roberto, hermano del rey Eudes: Cárlos y Roberto formaron liga con sus vecinos. Despues de la muerte de Roberto, los Estados eligieron á Raould, y Cárlos abandonado de todos murió prisionero en el año 929.

En cuanto á nuestra España, la Iglesia continuaba tranquila. Durante los siglos x y xi no hubo herejías ni errores, empero tampoco decollaron genios eminentes, varones que se distinguieran por su sabiduría. Con razon, pues, el

historiador La Fuente dice que la Iglesia de España, durante esta época, continuaba en cierto estado de letargo y postracion. «Cuando la Santa Sede, dice el mismo escritor, emancipándose de la vergonzosa dependencia de los condes de Tuscalo y del yugo imperial, á que está sometida durante estos dos siglos, recobra su fuerza de accion por medio del gran papa san Gregorio y principia á centralizar el poder, su movimiento llega hasta España, y la antigua disciplina, lánguida y en parte relajada, cae á un ligero impulso de la mano vigorosa de aquel papa.»

El siglo xi se presentó con mejores auspicios que el que le habia precedido, en el cual Almanzor habia abatido á los cristianos, destruyendo á Zamora y pasando á sus habitantes á cuchillo; haciendo sucumbir á Leon, cuyos muros fueron destruidos, sus iglesias profanadas y las virgenes consagradas al Señor conducidas á los harems de Córdoba. No nos detendremos en explicar lo que hubo de sufrir y padecer Santiago, así como otras importantes poblaciones, pues no debemos dar noticias sino á grandes rasgos de hechos que directamente no pertenezcan al objeto principal de esta obra.

Digamos cuatro palabras sobre el Oriente. Las revueltas, los grandes trastornos no eran menores que en el Occidente.

Entregados los califas al lujo y á los placeres, se habia perdido aquella austeridad de costumbres y aquella sencillez que habian contribuido á aumentar el poder de los sucesores de Mahomet. A mediados del siglo x el imperio musulman se extendia por una infinidad de provincias, sobre cuyos gobernadores el califa no poseia más que una

preeminencia que miraba más á las cosas pertenecientes á la religion que á las politicas. Así y todo, se vieron califas asesinados y depuestos al gusto de la soldadesca, dirigida por ambiciosos y malcontentos. Toda la autoridad de los califas vino á caer en manos de sus visires ó de sus favoritos que conservaron al califa únicamente como una especie de fantasma, propia para imponer á los pueblos, y del cual se valian segun que necesitaban de su sombra para sostenerse ellos en sus puestos.

Al principio del siglo x reinaba en Constantinopla Leon el Filósofo, el cual estaba dotado de muchas virtudes y de un talento no comun. Esto mismo le rodeó de conspiradores, que nunca faltan al rededor de los reyes que por sus bellas prendas son los verdaderos padres de sus pueblos. Quiso casarse en cuartas nupcias y el patriarca Nicolás le excomulgó; dió, pues, un edicto para autorizar las cuartas nupcias, al cual se opuso el clero. Un hombre atentó contra la vida de Leon, sin lograr matarle: fué puesto en el tormento, pero no se consiguió que hiciese declaracion alguna.

Leon tuvo por sucesor á su hijo Alejandro, el cual falleció al cabo de trece meses merced al desarreglo de su vida, bastante licenciosa. Nombró para sucederle á su sobrino Constantino. Los favoritos de este príncipe se apoderaron de la autoridad y excitaron grandes trastornos, en tanto que las provincias iban cayendo en poder de los sarracenos.

Romano obligó á Constantino á asociársele al imperio: el hijo de Romano depuso á su propio padre, y él fué tambien á su vez despojado y ordenado. Cuando Constantino

recobró su autoridad envió á Leon y á Nicéforo contra los sarracenos. Romano, hijo de Constantino, seducido por los malos consejos de su mujer, conspiró contra su propio padre y le hizo envenenar. Despues el parricida cayó en los mayores desórdenes, en tanto que Nicéforo se cubria de gloria luchando contra los sarracenos.

El ejército proclamó á Nicéforo emperador; empero fué muy pronto víctima de una conspiracion tramada por Zimisceos que subió á ocupar el trono. Imputó la muerte de Romano á Teófano y á Abstancio, y el patriarca le obligó á desterrarlos haciéndole prometer que revocaria todos los edictos contrarios al bien de la Iglesia y á sus privilegios. Su reino fué agitado por muchas conspiraciones, por guerras, por sublevaciones de muchos pueblos del Oriente y por las vejaciones del eunuco Basilio, el cual temeroso de la justicia de Zimisceos le hizo envenenar.

Las revueltas continuaron bajo el reinado de Basilio.

Este emperador que habia empezado á restablecer el imperio de Constantinopla, tuvo por sucesor á su hijo Constantino, el cual con el objeto de entregarse sin estorbo á toda clase de placeres entregó el gobierno en manos de sus ministros, los cuales despojaron de sus empleos á todos los que los habian obtenido en tiempo de Basilio y á algunos de ellos les quitaron la vida. Durante todo este siglo, la perfidia, el veneno, el parricidio fueron los medios que elevaban al trono imperial ó que privaban de él.

Tal es el estado que presentaba el mundo en la época que historiamos.

En tiempos de tan grandes trastornos, Dios en su alti-

sima providencia colocó en la sublime cátedra de san Pedro un pontífice de una virtud y de una firmeza inquebrantable, que supo atacar los desórdenes hasta en las personas mismas de los soberanos. Gregorio VII comprendió que todos los males, todas las desgracias que experimentaba la Europa, reconocian por origen la corrupcion de las costumbres, las pasiones desenfrenadas y el abuso del poder; y formó el proyecto de someter este poder á las leyes del cristianismo, al jefe visible de la Iglesia; de combatir las pasiones por los motivos que más pueden influir en la conducta de un cristiano, el temor de las penas eternas, y las excomuniones acompañadas de todo aquello que podian hacerlas más terribles.

Por espacio de mucho tiempo, Gregorio habia estudiado el arte de gobernar á los hombres, y en todo cuanto obró no le guió otro motivo que el temor de Dios. Sus enemigos creen ver en este gran pontífice un hombre lleno de ambicion y ganoso de dominar el mundo, pero no fué así. Continuamente aplicaba estas palabras del Profeta: «Hijo del hombre, yo te he colocado como custodio de la casa de Israel; tú, pues, anunciarás al pueblo de mi parte todo lo que oirás de mi boca. Si digo al impío: *Impío, tú morirás*, y tú no le adviertes para que se convierta, el impío morirá en su pecado; *pero yo te pediré cuenta de su sangre.*» Tal fué el móvil que guiaba á Gregorio, el cual consideraba la reforma de los abusos como un deber de conciencia, del que temia hacerse responsable ante el recto tribunal de la divina Justicia.

Los que miran con prevenicion el poderío á que llegó en

la Edad Media la Santa Sede, lean con detenimiento la historia y verán que la autoridad de la Santa Sede era entonces la sola universalmente reconocida y respetada aun por los pueblos más bárbaros, sin que fuera de ella reinase otra cosa que el despotismo y la anarquía. Los papas eran los amigables componedores en las cuestiones habidas entre los príncipes temporales, y muchos de estos viendo en Roma más sabiduría y más justicia que en todas partes, y al propio tiempo una autoridad tutelar, entregaban su reino como feudo á la Santa Sede, con lo que aseguraban, declarándose vasallos del papa, una protección poderosa contra la usurpación de otros príncipes y la rebelión de los pueblos.

A principios del siglo VIII Gregorio II decía en su primera carta á Leon el Isáurico: «Vos debéis saber y no debéis dudar ni un momento que los pontífices romanos han sido en todos tiempos los mediadores y árbitros de la paz entre el Oriente y el Occidente, de que son, en algun modo, la pared media que une estos pueblos entre sí, y sin ellos, los emperadores vuestros predecesores hubieran tenido trabajos para llegar á la paz.»

Está suficientemente probado que Gregorio VII, al que hoy veneramos en los altares, fué un gran pontífice suscitado por la Providencia para dar el esplendor debido á la Santa Sede y salvar á la Europa. Él fomentó la piedad de los pueblos y tuvo á raya á los enemigos de la Iglesia. Durante su tiempo, las peregrinaciones á la Tierra Santa empezaron á hacerse frecuentes, de suerte que más tarde más de seiscientos mil combatientes fueron á abatir el orgullo de los turcos, llegándose á formar un nuevo imperio en Oriente.

BERENGARIOS.

I.

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, fué anunciada por Dios desde el génesis de la humanidad.

Es indudable que muchas veces arrebatado nuestro espíritu por la fé, miramos con una santa envidia la suerte de la Magdalena que postrada á los piés de Jesucristo se los bañó con sus lágrimas de penitencia; la de la Hemorroisa que tocó sus vestidos; la de las doloridas hermanas de Lázaro; la de este al que el Señor llamó amigo; la de los apóstoles y discípulos con quienes trató familiarmente, y en suma la de los pueblos que tuvieron la dicha de escuchar las palabras de vida eterna que brotaron de sus labios. Empero si bien lo consideramos no tenemos motivo para envidiar tanta suerte, toda vez que no hemos sido ménos favorecidos los que tenemos la inestimable dicha de ser miembros de su Iglesia y de conservar el don precioso de la fé. ¿No tenemos entre nosotros al mismo Jesucristo en cuerpo y alma? No podemos á todas horas llegar hasta su trono, rendirle nuestras adoraciones y suplicarle mercedes y favores? ¿No ha inventado su amor, agotando los tesoros de su sabiduría y de su bondad, los de su misericordia y amor, el modo de permanecer por siempre entre nosotros formando de su Iglesia un nuevo cielo?

Y este sacramento augusto, esta maravilla que supera á todas las maravillas del poder triunfante, la vemos anunciada con símbolos y figuras desde los tiempos más remotos. Figuras del Cordero sin mancha, sacrificado diariamente sobre nuestros altares, fueron: el árbol de la vida, el sacrificio de Abel, el Arca de Noé, la ofrenda de Melchisedech, la zarza del monte Oreb, el prodigioso maná que cayendo diariamente al rededor de las tiendas del pueblo de Israel le sustentó por espacio de cuarenta años en un árido desierto, el pan subcinericio, el panal misterioso de Sanson y el Arca del Testamento, para no citar sino los más notables.

Estos símbolos tuvieron su realizacion en la plenitud de los tiempos. Era la hora en que Jesucristo, despues de haber esparcido por los pueblos de la Judea la semilla fructifera de su celestial doctrina que tan admirables frutos habia de producir en el mundo, se preparaba para dar á la humanidad la gran prueba de su amor, que era morir en una cruz por salvarnos, y entonces da á entender que su amor no se halla satisfecho, y de aquí el dirigirse á sus discípulos, diciéndoles: «Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua.» Acercábanse los momentos en que Jesucristo debia separarse de sus discípulos, en que los hijos iban á quedar sin padre, las ovejas sin pastor y los redimidos sin su redentor. Empero Jesucristo ama extraordinariamente á los hombres: su corazon no le permite dejarles en la orfandad y determina quedarse entre nosotros no obstante su partida al cielo, y para ello como es omnipotente efectúa un prodigio, el mayor de cuantos hasta entonces hubiera efectuado...

Se halla en el Cenáculo sentado á la mesa con sus discípulos; toma en sus manos el pan, lo bendice, lo parte y lo da á los discípulos, diciendo: Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO; y tomando el cáliz, da gracias y exclama: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE, que será derramada por muchos para remision de sus pecados.

Hé aquí ya realizadas todas estas figuras y aclarados aquellos símbolos que antes citamos. En la Eucaristía tenemos el árbol de la vida, cuyo fruto es de vida eterna: aquí está la verdadera Arca de Noé: el que en ella se refugia no tiene miedo de perecer anegado en las aguas del pecado, porque el que come la carne del Hijo del Hombre y bebe su sangre, tiene la vida eterna.

La Eucaristía, obra suprema de la omnipotencia, de la sabiduría y de la bondad de Dios, nos asegura la perpetuidad de Cristo en la tierra de que habla san Pablo y que el mismo Salvador prometió á los apóstoles cuando les dijo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias, hasta la consumacion del siglo (1).» Permanece con nosotros con los mismos caracteres con que se manifestó en su vida mortal y con igual objeto. «La Eucaristía, pues, dice un sabio contemporáneo, es Cristo, restaurador de todas las cosas; Cristo, verdad que ilumina al hombre y engendra y exige la fé; camino que le conduce á Dios, solidando la esperanza; vida que le hace feliz, difundiendo en su corazon la caridad. Hé aquí lo que el Angel de las escuelas nos descubre enseñándonos las tres causas de la institucion del Sacramento eucarístico: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el

(1) Math. xxvii, 20.

alimento el hombre (1). La primera perpetuando la encarnación y la vida de Jesucristo con su presencia real, y constituyendo un misterio de fé; la segunda perpetuando el sacrificio del Calvario, y dándonos una prueba de esperanza; la tercera consumando su union con nosotros en la comunión, y formando un lazo perpétuo de amor (2).

Ahora bien: ¿Qué es la sagrada Eucaristia? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Tal es el dogma católico. El por qué de este sacramento nos lo explica san Juan de un modo admirable: «Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (3).» Ya lo habia dicho la Palabra eterna por boca del Sabio: «Mis delicias estar con los hijos de los hombres (4).»

No profundizaremos ahora el gran misterio. Dios está con nosotros: reside en la Eucaristia: nos conduce por las sendas de la justicia, dice san Bernardo: apaga la llama que devora al hombre en los deseos mundanos, y le dá las fuerzas de los deseos del cielo, antídoto contra el pecado mortal y remedio contra el venial: ejercitamos las virtudes, corremos con fervor á las sendas del espíritu, nos fortificamos y hacemos superiores á nuestros enemigos, sin temor ni aun en medio de los mayores peligros, pudiendo repetir las proféticas palabras del Salmista: *Nam, et si ambulavero in medio*

(1) Nota quod causa institutionis est triplex, scilicet: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibum hominis. (S. Thom., opusc. 58 de venerab. Sacram. Alt.)

(2) Suarez y Forés: Sermon del SSmo. Sacram.

(3) Joann., xiii, 1.

(4) Prov., viii, 31.

umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es (1).

Tal es el gran Sacramento anunciado á los hombres desde el génesis de la humanidad, realizado por Jesucristo para nuestro bien en la plenitud del tiempo.

II.

Berenguer y sus errores.

Si nos propusiéramos tratar de la Eucaristia en forma de controversia, nos bastaria recurrir á los símbolos antes citados del Testamento Antiguo, y nos fijariamos despues en el testimonio de los Evangelistas y autores de las cartas canónicas, en los célebres decretos de la Iglesia, en los famosos anatemas fulminados contra los enemigos de Dios sacramentado en los concilios de Nicea y de Efeso, de Letran y de Constancia, de Florencia y de Trento: recurririamos en suma á los Padres y diriamos con los Ignacios y Tertulianos de los siglos primero y segundo, con los Crisóstomos y Jerónimos del cuarto, con los Leones y Remigios del quinto, con los Tomases y Buenaventuras... ¿pero qué no diriamos? Todos á una voz han asegurado que la Eucaristia es una prodigiosa extension de la encarnación, y que en el Sacramento del Altar se ha quedado Jesucristo para ser no solamente nuestro amparo, nuestro consuelo y alegría, sino tambien nuestro alimento de vida eterna.

No podemos, pues, menos de mirar con horror á los que

(1) Psalm. xxii.

han tenido la osadía de negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

En este caso se halló Berenguer.

Era éste arcediano de Angers y despues fué tesorero y maestre-escuela de San Martín de Tours, en cuya ciudad había nacido. Había hecho sus estudios en Chartres bajo la dirección de Fulberto. Luego de haber obtenido la dignidad dicha de Tours, atacó el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Empezó á dogmatizar hácia el año 1047. Fué condenado sucesivamente por varios pontífices y por cinco ó seis concilios. Uno de estos concilios fué el de Tours, celebrado por el legado Giraud, primero en el que fué condenada la herejía de Berenguer. Se reunió esta asamblea en 1050.

En el mismo año Leon IX reunió otro concilio en Roma, al que asistieron cincuenta y cinco obispos : en él se privó á Berenguer de la comunión de la Iglesia á causa de sus heréticas creencias respecto á la Eucaristía.

También en el propio año 1050 hubo otro en Brionne, en Normandía, en el mes de agosto, que más que concilio puede llamarse conferencia, en la cual Berenguer fué reducido al silencio, y luego, aunque por fuerza, según se cree, á la confesión de la fé católica.

En 1.º de setiembre del mismo año se celebró otro concilio por Leon IX en Verceil, al que asistieron obispos de diferentes países. Berenguer fué citado, pero no se presentó. Condenóse y se entregó á las llamas el libro de Juan Scot sobre la Eucaristía, y fueron condenados de nuevo los errores de Berenguer.

También fué condenado Berenguer en otro concilio celebrado en París en 17 de octubre del mismo año, el cual fué compuesto de muchos obispos y celebrado por órden y en presencia del rey Enrique. En él se leyó una carta del hereje, quedando el concilio muy escandalizado de su contenido. No solamente fué nuevamente condenado Berenguer sino todos sus cómplices, así como el libro de Juan Scot sobre la Eucaristía.

Tantos concilios celebrados en tan corto tiempo con el mismo objeto, es una demostración del gran escándalo que produjo en la Iglesia la herejía de Berenguer y de la general indignación que causó en todos los fieles.

Berenguer se retractó varias veces de sus errores, firmó tres profesiones de fé católica y otras tantas volvió á sus errores. Se cree que al fin murió en el seno de la Iglesia, sinceramente convertido y desengañado.

Otras acusaciones se le imputan, tales como el que condenaba los matrimonios legítimos, que sostenía que las mujeres deben ser comunes y que reprobaba el bautismo de los niños ; empero estas acusaciones no están bien probadas.

El origen del error de Berenguer acerca de la Eucaristía provino de las grandes cuestiones y discusiones á que dieron lugar los *estercoranitas*, de los que nos hemos ocupado detenidamente en la página 143 y siguientes de este tomo. Berenguer, que enseñaba teología en Tours, examinó los escritos de Pascasio y las objeciones que le habían presentado, y dándose á pensar en los unos y en las otras cayó en la herejía de negar la presencia real.

Todos los escritores que en el siglo xi combatieron á Berenguer demuestran que la doctrina de este era una novedad, que nadie hasta entonces la habia sostenido á excepcion de Juan Scoto Erigenes que la sostuvo en el siglo ix, y que fué condenada apenas se manifestó : tambien la anatematizó el concilio de Letran, al que asistieron ciento trece obispos, el año 1059.

Fueron muchos los escritores que tomaron la defensa del dogma católico combatiendo al heresiarca. « Lanfranc y Guitmond se distinguieron entre muchos obispos y abades que escribieron con acierto contra él, dice el abate Bergier. El último de ellos expone las opiniones y variaciones de los *berengarios* sobre el sacramento de la Eucaristía de la manera siguiente:—Todos, dice, convienen en establecer que el pan y el vino no cambian esencialmente ; pero difieren en que unos dicen que nada tiene del cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que el sacramento no es más que una sombra y figura, al paso que los otros, cediendo á las razones de la Iglesia sin abandonar su error, dicen que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están efectivamente contenidos en el sacramento, aunque ocultos bajo una especie de empanacion para que podamos tomarlos ; pretenden que esta era la opinion más sutil del mismo *Berenguer*; otros creen que el pan y el vino son cambiados en parte ; algunos sostienen que son cambiados enteramente, pero que cuando los que se presentan á recibirlos son indignos de ellos, la sangre y la carne de Jesucristo vuelven á tomar la naturaleza del pan y del vino. *Guitmond, contra Bereng., Bibliot. PP., p. 327.*

» Por esta exposicion, continúa el mismo escritor, se vé que los *berengarios* fueron los precursores de los luteranos y calvinistas en sus errores contra la Eucaristía, que los unos y los otros se han encontrado en el mismo apuro al tergiversar el sentido de las palabras del Evangelio. Por la conducta observada por la Iglesia con los primeros, es fácil conocer cuál era entonces la creencia católica y universal, y si ha sido la Iglesia ó los protestantes los que quinientos años despues la han innovado. »

A lo que antes hemos dicho acerca de los concilios en los que fué condenado Berenguer, debemos añadir ahora que ocupando la Santa Sede san Gregorio VII en 1078, celebró uno en Roma en el que Berenguer hizo una breve profesion de fé, y recibió orden de permanecer en Roma hasta el concilio siguiente.

En efecto, reunióse este en febrero del año siguiente, compuesto de ciento cincuenta obispos. Berenguer hizo profesion de la fé de la Iglesia sobre la Eucaristía, contra lo que ántes habia escrito. Bajo la fé de juramento confesó *que el pan puesto sobre el altar se convertia por la consagracion en el verdadero cuerpo de Jesucristo, y el vino en la verdadera sangre que habia salido de su costado.*

Como quiera que el papa san Gregorio VII no entablase nuevo procedimiento contra Berenguer, deduce Mosheim que no detestaba su perfidia, y que probablemente pensaba como él. Solo á un protestante de mala fé podia ocurrírsele tan grosera acusacion tratándose de un papa cuyas grandes virtudes le han elevado al honor de los altares.

Aquel pontifice trató á Berenguer con dulzura como el

mejor medio de atraerle, y tal vez creyó ver en él buenas disposiciones, lo que era fácil, cuando se le veía retractarse de sus errores y confesar la fé católica, si bien con la misma facilidad volvía al mal camino.

Hemos dicho que Berenguer se cree murió en el seno de la fé católica.

Atento á esto, dice Bergier : « Mosheim pone en ridículo á los escritores que han afirmado la conversion de Berenguer ; pero él mismo dá pruebas de ella. Dice que este personaje dejó al morir grande opinion de santidad ; y ¿ la habria dejado si todavia hubiese sido hereje ? Dice que los canónigos de Tours honran todavia su memoria con un sufragio que hacen todos los años sobre su tumba ; seguramente no lo harian si no estuvieran persuadidos que cuando murió estaba en la comunión de la Iglesia. Dice por último que Berenguer en su obra pide perdon á Dios por el sacrilegio que cometió en Roma siendo perjuro ; esto no prueba que todavia perseverase en sus errores. El monje Clario, Ricardo de Poitiers, el autor de la *Crónica de San Martin de Tours*, Guillermo de Malmesbury prueban que *Berenguer* murió arrepentido y convertido. Este testimonio de los contemporáneos vale más que las vanas conjeturas de los protestantes. »

III.

Del dogma de la presencia real.

Empezamos por hablar de las figuras ó simbolos del Antiguo Testamento que anunciaban en lontananza el gran misterio de la Eucaristía. Ahora que hemos expuesto el error de Berenguer y sus partidarios sobre este dogma tan consolador é importante, nos parece oportuno demostrar que la presencia real es enseñada en la Sagrada Escritura de un modo que no dá lugar á la menor duda.

Citamos las palabras del Salvador en la última cena, en la que teniendo en sus manos el pan, dijo : ESTE ES MI CUERPO.

No se podrá citar una sola palabra de la Escritura que autorice á pensar que Jesucristo habló en un sentido figurado, y que por consiguiente la Eucaristía sea figura del cuerpo y sangre de Jesucristo.

El Salvador no preparó á sus discípulos á tomar en un sentido metafórico las palabras de que se sirvió para la institucion de la Eucaristía ; por el contrario, antes de verificar este prodigio de su amor les habia dicho que su carne era verdaderamente comida y su sangre verdaderamente bebida ; que los que no comieran su carne y bebieran su sangre no tendrian vida eterna. Él les habia prometido darles este pan. Los judíos, que no comprendian las palabras del Señor, se preguntaban que cómo podria darles su carne

en comida; y la única respuesta de Jesucristo fué repetirles que su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida, y que si ellos no comían la carne del Hijo del hombre y bebían su sangre no alcanzarían la vida eterna.

Precisemos la narración que se lee en el capítulo vi del Evangelio de san Juan:—Yo soy el pan de vida: vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.—Esto es, el maná que alimentó á vuestros padres durante su peregrinación á la tierra prometida carecía de virtud para preservarlos ni aun de la muerte del cuerpo; empero el pan que yo os ofrezco tiene virtud para hacer vivir á las almas, y será para los cuerpos una prenda de incorruptibilidad, pues que hará que resuciten para vivir eternamente.—Y continúa:—Este es el pan que descende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.—Esto es, como exponen san Agustín y santo Tomás, por la redención del universo, entregándola á la crueldad de los judíos y muriendo sobre la cruz. Estas palabras demuestran clara y terminantemente que el sacramento de la Eucaristía contendría verdaderamente su propia sangre, y que había de ser crucificado por la salvación de los hombres. ¿Hay en todo esto una sola frase que autorice á juzgar que Jesucristo hablaba en un sentido metafórico ó figurado?

Al pronunciar el Salvador las últimas frases que hemos citado fué cuando los judíos empezaron á alterar los unos con los otros, diciendo:—¿Cómo nos puede éste dar su

carne á comer? A lo que, como antes dijimos, respondió el Señor:—En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros.—Esto no debe tomarse como un discurso figurado y parábólico, porque el Señor pretende obligar á los hombres á comer realmente su carne y á beber su sangre, como que les es necesario para la vida santa de sus almas y para la resurrección gloriosa de sus cuerpos, como expone sabiamente san Juan Crisóstomo y también santo Tomás.—Y continúa el Salvador:—El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día, porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.—Esto es, Jesucristo se une al que le recibe en la Eucaristía, con tanta intimidad como dos trozos de cera derretidos al fuego, que se convierten en una misma cosa, según la bellísima expresión de san Cirilo de Alejandría.—Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

Los judíos que entendían de una manera carnal y grosera las palabras de Jesucristo, exclamaban: Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? No podían comprender cómo era necesario comer la carne y beber la sangre de aquel hombre para conseguir la vida eterna. Después que el Salvador les hubo contestado, muchos de ellos se aparta-

ron de él dejando de reconocerle como Mesías. El Señor se dirigió entonces á los apóstoles, diciéndoles: —¿Y vosotros quereis tambien iros? Simon Pedro se apresuró á contestar: —¿Señor, á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (1).

Hemos creído oportuna la cita del texto, por ser tan clara y terminante que no deja la menor duda acerca del dogma de la Eucaristía. Los que como Berenguer cierran los ojos á la luz resplandeciente del Evangelio, pertenecen á los que se apartaron de Jesucristo al oírle decir que su carne es verdaderamente comida y su sangre verdaderamente bebida. Los católicos que adoran el misterio y que se acercan al celestial convite para unirse con Cristo, repiten las frases del Príncipe de los apóstoles:—Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna: y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Los fieles discípulos de Jesucristo que tenían una gran fé en sus palabras esperaban que les diese verdaderamente su carne á comer y su sangre á beber, pero no sabían de qué modo se efectuaría esta promesa.

Bien pronto la vieron realizada, cuando presenciaron la institucion de la Eucaristía, cuando les ordenó comer el pan que habia bendecido, asegurándoles que aquel pan era su cuerpo: así, pues, lejos de haber advertido á sus apóstoles que debían tomar en sentido metafórico las palabras de la institucion de la Eucaristía, les habia preparado á tomarla en un sentido natural y literal. Así sus palabras en aquel

(1) Joann., vi, 48-70.

acto solemnísimo no pudieron ser más claras y terminantes: ESTE ES MI CUERPO: ESTA ES MI SANGRE.

Preparados como estaban los apóstoles, á los que Jesucristo habia ofrecido darles su verdadero cuerpo en comida, manifestándoles que comiéndolo tendrían vida eterna, no pudieron creer que les daba la figura de su cuerpo, sino su mismo cuerpo real y verdaderamente.

IV.

El dogma de la presencia real ha sido siempre enseñado en la Iglesia.

Por más esfuerzos que para ello hayan hecho los protestantes, no han podido hasta ahora ni podrán en adelante señalar una época, por breve que sea, en la que la Iglesia haya creído que la Eucaristía no fuese otra cosa que la figura del cuerpo de Cristo.

Desde el nacimiento de la Iglesia la celebracion de la Eucaristía formó la parte más esencial del culto entre los cristianos. En el capítulo II de *Los Hechos de los Apóstoles* se lee:—Y ellos perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunicacion de la fraccion del pan, y en las oraciones «Por fraccion del pan, dice el P. Scio, se entiende una refaccion ó comida que hacían en comun y que se llamaba *ó amor*, como propia para mantener una mútua caridad; y tambien la comunión eucarística, á la que precedía la doctrina ó instruccion de los apóstoles, y á ella asistían todos juntos en esta oracion pública de la nueva Iglesia, que despues se llamó Liturgia, y entre nosotros *Misa*.

Las mismas iglesias cristianas que se separaron de la Iglesia romana hasta los días de Berenguer, creyeron en la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Los nestorianos, los jacobitas, los armenios, los coptas, los etiopes, reconocen aun hoy día la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, como puede verse en sus respectivos artículos. Esta presencia real ha sido siempre reconocida en la Iglesia desde el tiempo mismo de los apóstoles.

No nos detendremos ahora en examinar las dificultades presentadas por Berenguer y por Lutero, porque son verdaderamente ridículas y atentatorias á la omnipotencia de Dios para quien nada hay imposible. Estas dificultades son que el cuerpo de Jesucristo pueda reducirse á los estrechos límites de una hostia, y que siendo muchos los lugares en que se consagra al mismo tiempo, pueda estar en tantas partes á la vez. No creemos estar fuera de nuestro terreno al llamar ridículas á estas dificultades. ¿Es Dios todopoderoso? Pues si lo es, ¿cómo pueden extrañarnos estas grandes manifestaciones de su omnipotencia y sabiduría?

Nosotros no comprendemos el misterio, pero sabemos y creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios omnipotente, que puede hacer todo lo que dice; es Dios bondad infinita que hace lo que promete. Esto nos basta. Por esto exclamaremos siempre con Pedro: Señor, ¿á quién iremos si te dejamos á tí? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Cristo, Hijo de Dios. Hé aquí la fé.

Estas hermosas palabras que nos gloriamos en repetir, dan razon de la fé de la Iglesia, y esta fé se apoya en lo que

nos dicen los Libros santos, en la constante tradicion de todas las iglesias, no habiendo sino Juan Scoto y Berenguer que hablaran en contrario hasta el siglo xvi en que los protestantes se separaron de la fé común; en el acuerdo unánime de todas las liturgias, en las pruebas contenidas en todos los ritos, ceremonias y simbolos, en los monumentos de los templos, de los vasos sagrados; en todo el conjunto en fin del catolicismo, que converge hácia la Eucaristía como á su centro, y que sin este misterio no se comprende ni puede existir (1). ¡Qué conformidad tan admirable! ¡Qué unidad de sentimientos! ¿Qué cree el católico? Lo que siempre ha creído la Iglesia: esta cree lo que creyeron los apóstoles, y los apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo: «Mi carne es verdadera comida: tomad y comed, este es mi cuerpo.» Para no creer, pues, dice san Hilario, es necesario negar á Jesucristo (2).

¿En qué fundaba Berenguer su resistencia á la fé? ¿En qué la han fundado los protestantes, esos hijos de un padre apóstata y rebelde? Hemos dicho que no queríamos ni refutar sus dificultades por ridículas, por atentatorias á la omnipotencia divina. Sin embargo, queremos citar las frases de san Agustin, contestando á la objeccion de que Jesucristo pueda estar á un mismo tiempo en muchas hostias. Hé aquí cómo se explica el santo doctor: «Como mi pensamiento está en mí, y sin salir de mí está en mi palabra, se encarna en ella, así el Verbo permanece en el Padre y se comunica á la naturaleza humana, se encarna: y así como mi pensa-

(1) Sanz y Forés, obra citada.

(2) S. Hilar. de Trinit., lib. 8.

miento único, vestido con mi palabra, formado por ella, sin separarse de mí, se reproduce todo entero en el pensamiento de cuantos me escuchan, así el Verbo del Padre, Jesucristo, se multiplica sin dividirse en todas las hostias consagradas.» Santo Tomás se encarga de contestar al incrédulo que dice que los sentidos nos dicen lo contrario. «Los sentidos no pueden atestiguar otra cosa que la existencia de los accidentes, y estos perseveran en el pan eucarístico; pero el juicio en la sustancia no pertenece á los sentidos; está fuera de su alcance; pertenece á la inteligencia. Ahora bien: los accidentes son separables de la sustancia, y esto es lo que la omnipotencia divina hace en la Eucaristía. El cuerpo de Cristo está en ella en cuanto á la sustancia, no en cuanto á los accidentes. Lo que alcanzan, pues, los sentidos, no se opone á que exista esa sustancia, que en nada afecta á los sentidos (1).

Terminaremos con un brillante razonamiento del sabio Sanz y Forés: «Diremos que no comprendemos el cómo del misterio; pero nunca que sea imposible. El misterio de la Eucaristía, dice Balmes, es un hecho sobrenatural, incomprendible al débil hombre, inexplicable con palabras humanas: esto lo confiesan los católicos, lo reconoce la Iglesia. No se trata de señalar una razon filosófica para aclarar este arcano: ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad. Se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo. La cuestion está en si el hecho, sin embargo de estar fuera de los límites de las leyes de la naturaleza, es in-

(1) S. Thom., Opusc. 37, seu in Offic. Corp. Christi.—Vide etiam S. Aug., serm. 2, in Pascha.

trinsecamente posible, porque en tal caso, sale del terreno de la filosofía y entra en el de la crítica. El incrédulo, si cree en la existencia de Dios, no puede negar su omnipotencia; y entonces no debemos disputar sobre si Dios puede ó no puede hacer este milagro, sino únicamente si lo ha hecho (1). Y que lo hizo, nos consta por la Iglesia; nos consta por la tradición; nos consta por el Evangelio (2); y todo nos dice que lo hizo por amor. ¿Quién no cree en los milagros del amor si á él se une la omnipotencia? Digamos, pues, con el discípulo amado (3): «Hemos creído al amor que Dios nos tiene.» Digamos con Ana de Gonzaga: «Desde que Dios se dignó ponerme en el corazón que su amor es la causa de cuanto creemos, esta respuesta me persuade más que todos los libros (4).» El incrédulo que se esfuerza por sustraerse al dulce imperio del amor divino, no cree porque no ama; y el que no ama, no conoce á Dios, dice san Juan, porque Dios es amor (5).»

Terminemos entonando con la Iglesia estos versos de uno de sus preciosos himnos de la festividad del Corpus:

O salutaris hostia,
Quæ coeli pandis ostium,
Bella prænant hostilia,
Da robur, fer auxilium.
Unì trinoque Domino
Sit sempiterna gloria,
Qui vitam sine termino
Nobis donet in patria. Amen.

(1) Balmes: Filosofía fundamental, lib. 3.

(2) S. Laur. Just., serm. de Christi Corp.

(3) 1 Joan., iv, 16.

(4) Bossuet, Oración fúnebre de Ana Gonzaga.

(5) 1 Joan., iv, 7.

BERNARDO DE TURINGA.

Era este un ermitaño, que á mediados del siglo x anunció que se hallaba próximo el fin del mundo, y apoyaba su creencia en un pasaje del Apocalipsis, en que se dice que despues de mil años la antigua serpiente será desatada, y las almas de los justos entrarán en la vida y reinarán con Jesucristo. El sagrado texto dice así : «Y vi descender del cielo un ángel que tenia la llave del abismo y una grande cadena en su mano. Y prendió al dragon, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años... y los que no adoraron la bestia, ni á su imágen, ni recibieron su marca en sus frentes, ó en sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años (1).»

Bernardo de Turinga interpretando el texto á su antojo, pretendió que la serpiente de que en él se habla era el antecristo, y que por consiguiente el fin del mundo se hallaba muy próximo, fijando para este acontecimiento el año 960.

Para que se diese mayor crédito á su creencia, la apoyaba en un razonamiento ridiculo, pero que convenció á muchas personas. Afirmaba que cuando la festividad de la Anunciacion de la Santisima Virgen cayese en el dia mismo del viernes santo, era la señal cierta de que el fin del mundo se hallaba próximo.

En suma, aseguraba que Dios le habia revelado la proximidad de aquel acontecimiento.

(1) Apocalip. cap. xxi.

El pasaje del Apocalipsis, la pintura de lo que seria el fin del mundo, y la seguridad que daba Bernardo de la revelacion que decia haber tenido, hicieron que una gran multitud de personas de toda edad la creyesen; y muchos predicadores anunciaban en sus sermones el fin del mundo, sembrando el temor y la alarma entre sus oyentes.

Sucedió que por aquellos dias se verificó un eclipse de sol. Todo el mundo creyó que era llegado el dia anunciado por Bernardo, y las gentes corrian por los campos refugiándose en las cavernas.

La vuelta de la luz parece que debió calmarles y hacerles comprender su error, pero no fué así. Siguió la alarma. Los teólogos se dedicaron á estudiar el asunto, y probaron que aun estaban léjos los tiempos del antecristo.

En fin, como quiera que al principio del siglo xi el mundo subsistia como en el anterior, el error anunciado por el ermitaño Bernardo no pudo ménos de disiparse.

WALFREDO.

Fué este un hombre oscuro é ignorante, que á pesar de estas cualidades se propuso dogmatizar hácia fin del siglo décimo. Enseñaba que el alma no es inmortal, y que muere por el contrario al mismo tiempo que el cuerpo. Refutóle victoriosamente Durand, abad de Castres, sin réplica de ninguna clase. Walfredo no tuvo partidarios.

REORDENANTES.

Distinguíase con este nombre á mediados del siglo décimo á los que pretendían que era necesario ordenar de nuevo á los que habían recibido la ordenación por medios ilícitos, ó que se la habían dejado conferir por obispos simoníacos. (*Gutierr., in Chron. x seculi.*)

BARULES.

No hemos encontrado el origen del nombre de estos sectarios. Sostuvieron que el Hijo de Dios tenía un cuerpo fantástico; que las almas habían sido criadas antes de la creación del mundo y que habían pecado todas á la vez. Estos dos errores fueron comunes á la mayor parte de las sectas que aparecieron en el siglo undécimo de la Iglesia. Los filósofos que tuvieron conocimiento del cristianismo no podían resolverse á creer en la caída del género humano por el pecado de Adán, ni en las humillaciones á que se sujetó el Hijo de Dios para repararla.

PEDRO DE BRUYS.

Era Pedro de Bruys un simple lego que quiso convertirse en maestro de religión, y empezó á dogmatizar. Enseñaba:

1.º Que no debía administrarse el bautismo á los niños, y que era inútil á todo el que no podía hacer un acto de fé al recibirlo.

2.º Condenaba el uso de las iglesias, de los altares, y los hacía destruir.

3.º Condenaba el culto de las cruces, y por consiguiente las hacía quemar.

4.º Creía inútil la misa, y prohibió su celebración.

5.º Enseñaba que las limosnas y las oraciones eran inútiles á los muertos, y prohibía el cantar las alabanzas de Dios.

Hacia un siglo que la Francia estaba infectada por los errores de los maniqueos, de los cuales muchos habían sido quemados en diferentes provincias. El gran rigor con que aquellos herejes habían sido tratados los hizo ser más circunspectos, pero al mismo tiempo les hizo concebir un gran odio contra el clero que había excitado contra ellos el celo de los príncipes. Así, pues, ardía en sus corazones el deseo de venganza, y de aquí el que se propusieran aquellos fanáticos por todos los medios posibles desacreditar al clero y atacar todo aquello que podía rodearle de consideración y de respeto. Con tal objeto combatieron los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, y hasta la misma autoridad de los pastores de primer orden.

Dedicados por completo á la realización de este objeto, para satisfacer sus deseos de venganza abandonaron insensiblemente los dogmas del catolicismo, emprendiendo la campaña de combatir los sacramentos, el clero, las ceremonias religiosas, etc.